

La tarea del intelectual: entre la perplejidad, la impertinencia y la memoria

Agustín Domingo Moratalla

Profesor Titular de Ética de la Universidad de Valencia.
Miembro del Instituto E. Moratalla.

1.- Fragmentación del intelectual e indigencia de argumentos

Una de las notas más relevantes de la historia social y política española de las últimas décadas es la presencia de los intelectuales en la vida pública. Quiénes hoy siguen teniéndonos por costumbre ajena de *la famosa manía de pensar* lo hacen en una situación nueva.

La figura del intelectual solitario, de linotipo, se ha desmantelado. Ahora, si de verdad se quiere incidir en la conciencia colectiva, es preciso acercarse a uno de los propios medios. Ellos: controlan academias, editoriales, prensa, televisión, radio y conciertos. Por inevitable que pueda parecer, quienes están al margen de estos circuitos no cuentan. Y lo peor de todo es que esos acercamientos al poder mediático puede suponer una derrota del pensamiento; es decir, una sustitución del *papeo noble* («pensar es pensar») por el *paperage* («cuidado con pensar»).

Con ello, la república de los intelectuales se ha convertido en la república de los terratenientes. Los bascones de verdad y libertad se han convertido en *agrijos de aparcerías*. En ese sentido, no han fallado quienes anteriormente han profetizado sobre la enorme capacidad de convertir el marxismo en *merengue*. Tal vez fue ésta una de las secretas conclusiones de aquellos macro-congresos de intelectuales que se celebraron en Salamanca (1984) y en Valencia (1987) cuando aún no se había consolidado lo que J. Auzaneta ha llamado el «delirio». Desde entonces, la historia de los intelectuales españoles es una historia de *cañales*, de *canchallas*, de *simplificaciones* y de *estilos interiores*.

Mientras tanto, España sigue estando no sólo por pensar, sino por hacer. Nos aproximamos a la conmemoración del 98 sospechando de las modernizaciones avanzadas y de las transformaciones sociales prometidas. Nos aproximamos con una *memoria frágil*, no necesariamente *nieta* y *no voluntad capótica*. Una memoria frágil porque no queremos saber demasiado de nuestro pasado. El recuerdo es peligroso y los compromisos de otro tiempo ya no producen más que dolores de cabeza. Un entendimiento *nieta* porque sólo es capaz de pensar el presente y lo inmediato. Las propuestas que se nos ofrecen ya no vienen arropadas por un sentido histórico, por un año de perduración. Además, como profesionales de la cultura, nos hemos convertido en expertos de una pequeña parcela del conocimiento, sin preguntarnos si ello nos puede hacer a todos un poco más sabios, más justos o más libres.

El capitalismo de nuestra voluntad nos ha refugiado en la impotencia. En pocos años hemos comprobado que el mundo no era como lo imaginábamos. No hace mucho tiempo, las estructuras se podían cambiar, las instituciones se podían transformar, las revoluciones se podían planificar. El proteccionismo de ayer se ha convertido en la *requisición de hoy*. Se ha producido una mutación en la crítica: si antes era la ética el nervio de la política, ahora es el peligro de *ajornar* como *estética del poder*.

En caso de que siga existiendo la conciencia crítica que representan los intelectuales, se trata de una conciencia *fragmentada*. Ya no podemos esperar que exista nada parecido a un

«quien pudiera, a una inteligencia: ni a un poder intelectual» influyente en la opinión pública y donado de una responsabilidad moral que le haga definir una ética de los valores colectivos. Su responsabilidad se ha transformado en económica o política, pero no moral. Y lo más grave no es sólo el creciente desinterés por los asuntos públicos de quienes tienen capacidad para pensar, sino el llamado temor a algún tipo de represalia. Un temor que dificulta el hablar y el escribir, un temor que obliga a no vivir en la verdad, un temor que obliga a vivir conscientemente de las subterfugios, a vivir de la cultura del reparto. Como sostiene Sartre, «es cierto que quien no se ataja intimidar se queda con las manos limpias, pero sigue estando sobre la tierra es un día más, castigado con el silencio, con el ostracismo y con la marginación. La fama, el éxito, los premios siguen siendo para quien olvida el viento de lo políticamente correcto».

Aunque hayan caído los muros físicos, aún siguen existiendo los muros mentales. Para han llevado a recomprar el libro fracasado del marxismo por un desordenado politismo de dualidades vacías. Y lo peor de todo ello es la carencia de una auténtica voluntad de verdad con la que analizar el estado por el argumento. Significa esto que hay pena para el pensamiento. Probablemente sí, porque la verdad «de derecho» y la verdad «de izquierda» siguen acompañándose. Porque la crítica ideológica no ha sido sustituida por una crítica argumentaria.

Una crítica cuya referencia ética no puede hallarse únicamente en el texto constitucional. Es verdad, como sostiene E. Díaz, que no podemos ser simplistas y estar siempre «en contra» del poder. Pero también es verdad que la referencia del intelectual no está únicamente en la moralidad legalizada. La estrella polar del auténtico pensador no se halla en el Título preliminar de la Constitución de su país, como si para fuera una *prescribed path*. El mundo se comienza a entender cuando se mira el rol cara a cara. «Apretarse a mirar el mal cara a cara —pensó Guekorrana—, decir de un gato que es un gato y de un campo de concentración que es un puro horror, sin ningún resque-

ni por las ideologías que legalizan al asesino, sin consideración para los que facilitan la tarea. En decir, a un grado nosotros mismos, es la conclusión del respecto que uno se debe a sí mismo y a los demás». Este es el horizonte, a menudo negativo, con el que comenzar a construir una memoria ética que consista de la perplejidad moral y la indignación de los argumentos.

2.- Algunas distinciones básicas

Trata de ser habitual distinguir entre pensados, intelectual, ideológico y humano. Casi el fin de que no nos dejemos seducir por la república de los servilizados y los ideólogos, nos conviene purificar un poco el ambiente. El pensador no se necesita tomar partido público en las cuestiones políticas, son cuestiones premisas que dificultan la pureza de su investigación. Sin embargo, este distanciamiento de lo político que realiza es un distanciamiento de la urgencia, del presente y de lo inmediato. Aunque sus intenciones radicales no sean nada neutrales, aparentemente ejerce como un investigador al margen de lo que para él es el conflicto de las interpretaciones del presente. Para Arruñena, éste sería el camino que emprendió Zubiri, a diferencia de Ortega y Unzueta.

«El intelectual lee el presente en voz alta, se compromete en él y, de una u otra manera, se marcha las manos. La mayoría de los intelectuales se las han manchado de tinta y no de sangre. ¿Quién sea mejor así, puesto que con las cosas de comer no se juega. Y, como nos recuerda Pinillos, hay que pensarlos que las presiones no lleguen a jugar con las orellas». Sin embargo, basta no hacer mucho, que mancharse suponía una referencia moral para la ciudadanía, de ahí que siempre hubiera la pretensión de una cierta independencia.

Pero independencia no significa *indiferencia*, como han creído muchos de los servilizados que se han enfrentado a la fiebre de los independientes que ha entrado en la política española. La independencia del intelectual se supone que es una independencia de la dinámica del mercado y la dinámica del poder. Es difícil hacer compatible la independencia

moral y el compromiso histórico y es ahí donde se halla el sentimiento trágico de la vida del intelectual intelectual, un cierto desdoblamiento que exige una actuación simultánea en dos planos distintos. La pérdida de esa conciencia trágica se produce cuando se metamorfosa en ideólogo. Al margen de que cualquier pueda convertirse en un intelectual orgánico = inorgánico, como dos polímeros. El primero es el de convertirse en un producto del mercado, en un legitimador del capital y de la competitividad, en un consensuado ejemplo que rápidamente ha pasado del marxismo al «marketing». Es lo que algunos llaman el intelectual integrable. Por otro lado, cuando se convierte en producto del poder, perdamos llamado intelectual legitimado, dado que sigue pensando que, al margen de los amplios márgenes interpretativos que tenga el Título preliminar de nuestra Constitución, se ha hecho el ciudadano para la ley y no viceversa. Cuando ambos productos se mezclan, el intelectual se convierte en un ideólogo que nos está exigiendo comprensión y misericordia porque es un incomprendido: «La mayor parte de las personas que nos ganamos la vida como analistas —ostenta L. Parraño— no repensamos debidamente ni la clara que es la suerte del intelectual, y sólo esporádicamente noticias periodísticas nos llevan a recordar que acabo no es ninguna ganga.»

Como reacción a este tipo de intelectualidad, hay muchos pensadores con noción de intelectual que se han automarginado. Con ello se ha producido una despolitización trágica de la vida pública de la que, si Dios no lo remedia, tendremos algún tiempo en recomenzarla. Además de querer se han puesto al servicio de poderes económicos o políticos (lo que algún periodista ha llamado «los intelectuales de la banaleja»), o estamos en nuestro país con unas especies raras, ejemplares, dignas de la mejor reserva. Son aquellos intelectuales que, sin comprometerse explícitamente en un partido, admiten en la cultura del deporte. Son los intelectuales de élite, como los llamaban Tansell/Stewart, o los de fino olfato, como los llamaba Sartre. Son escrupulosos para el poder, pero éste se siente obligado a prestarles

cierta atención, a colocarlos en algún programa de TV, en alguna tertulia radiofónica o en alguno de los agencias oficiales.

Hay otro grupo de intelectuales que están «en la reserva» (la expresión es de Juan Marichal), con capacidad para el liderazgo moral, pero que están marginados de los grandes grupos multimedia. A veces se les consigue participar y se les da la palabra de forma esporádica y puntual. Da la impresión de que no interesan permanentemente sus argumentos, sino puntualmente sus voces, sus palabras y sus opiniones. Es curioso observar cómo su presencia se da en programas de mínima audiencia y marginales. Con el consiguiente peligro de producirse una «apropiación» del intelectual, es decir, su apropiación en espacios económicos, sociológicos y pseudopolíticos.

A medio camino entre estas reservas y los pensadores se encuentran los maestros. Como lo somos Marichal, el intelectual y ético del nuestro país se ve más alto que el del profesor. El maestro —antes de los sucesos referidos— ejerce un liderazgo que no sólo es epistémico, sino moral. Mientras que el intelectual pretende marcar el ritmo, dirigir, arrastrar y conducir, el maestro inspira, motiva, incita y estimula no sólo con la transmisión de sus conocimientos, sino con la entrega de su vida. No le marca ningún límite a nadie, trata a la responsabilidad personal y espolea el autocentrismo de las responsabilidades colectivas. En la tradición del personalismo comunitario, más que intelectuales, necesitamos maestros. Y para ello hace falta cumplir con buen ánimo los cuatro mandamientos que, al menos, deben presidir esta búsqueda:

1ª) Una ambición vocacional: «Me trae a mal traer (como espaldas ante los españoles) la falta de cohesión unida a la falta de ambición» (Unamuno).

2ª) La humildad, aceptar el límite real de lo que uno puede realmente hacer.

3ª) La apertura de la mente, la disposición a recibir todo cuanto de valioso ofrece el mundo en que se vive.

4ª) El desinterés, la constante disposición para distinguir lo que realmente conviene

y lo que no concierne al ejercicio perfecto de la vocación.

Y estos cuatro mandamientos pueden actualizarse en un modesto programa de magisterio intelectual que podrá ser el que a continuación detallamos.

1.- Un modesto programa de magisterio intelectual

1ª) No podemos conformarnos con el nivel de los discursos. Es preciso volver a las cosas mismas, analizar las causas de los acontecimientos y convertirse en portador de la información, trazando un programa de convergencia partiendo del fondo concreto. No se trata de tomar conciencia de que es preciso ser el portador de «la Humanidad», sino de saberse atenido en su esencia. El intelectual renace cada vez que la moral de la dignidad humana es puesta a prueba. La inhumanidad debe hablar, gritar y estremecerse cuando la «humanidad» calla. Vello sin miedo a ser tachado de «incompetente» por atropellar a los que se llaman «saberes positivos», es decir, por postergar los reglas de la economía, la pedagogía o la geometría. «Nada obliga al intelectual a tomar la palabra, ni el genio particular que se le reconoció en otro tiempo, ni la precedida vocación a pensar sobre lo universal con lo que debilita al foro. Nada, a no ser el acaramiento de que nadie se pone y de que nadie sea demasiado tarde» (Glucksmann).

2ª) No basta con descubrir, analizar y denunciar. Hace falta *apostar* para volver para elegir una moral de la extrema urgencia. En todo lo absoluto, y no sólo en el axioma o existencial. Desde estos límites se está comenzando a generar una nueva fraternidad de la era electrónica que puede poner remedio en alguna medida al milenio siglo xx. Así, a la capacidad de cuestionamiento y crítica que debe mostrar el intelectual (una luz en la oscuridad), añade el testimonio eficaz (un magisterio vital). De esta forma, la lógica del compromiso evita la fidelidad con lo que el intelectual es seducido por la lógica de la distancia. Su verdad es respaldada por un propio compromiso, «si ofrece algo es su propio pellejo» (Havel).

3ª) El análisis y el compromiso se fundamentan en una realidad histórica que es pre-

ciso conocer y actualizar. El intelectual debe recuperar el análisis histórico como una de sus armas más eficaces, dado que con ello podrá mostrar con mayor claridad la aspiración a una humanidad común, la participación en unos trascendentes históricos. Así vale la pena luchar contra la pereza de la razón y el conformismo de la inteligencia, ello nos ayudará a recordar a quienes han pagado de una forma u otra su tributo por nuestra libertad.

4ª) Sigue siendo preciso denunciar los nuevos formas de dogmatismo y de intolerancia progresista. Y no sólo de los administradores del positivismo, sino de aquellos que tiraron valores universales para imponer culturas, leyes, hábitos y costumbres, aquellos que se sirven de los derechos humanos y de los ideales de la humanidad en su propio beneficio. «Cuanto mayor es la esclavitud y el dogmatismo con que alguien se entrega a un cierto sistema ideológico consumado, con mayor certeza enterra todas las oportunidades de pensar y descubrir en libertad, aniquilando la aversura de la mente en la prolección, empieza a servir al orden de la muerte» (Havel).

5ª) Un intelectual está llamado a ser la voz de los sin voz. Está llamado a «proporcionar el acceso al espacio público a los discursos privados de quienes están privados del discurso público» (F. Bordieu). Y esta tarea no se realiza a cualquier precio, de ahí que también tenga que ser un hombre de fe, un hombre no resignado ante lo que hay, no resignado ante la mediocridad, dispuesto a defender un horizonte de sentido que le lleva a penetrar en las causas de la inhumanidad y que no se conforma con el «ir tirando».

6ª) También debe conocer sus patologías, sus límites y sus vanidades; debe empezar poniendo luz en sus nebulosas oscuridades. Sin desahucios, sus profecías, sus análisis y su diáspora deben ponerse a prueba en sus erratas. Ello le alejará del charlatan de feria, del sermoneador impetuoso y del tertuliano moralista. Con ello no perderá una fuerza política que le nace de un fracaso del que hoy se burlan tanto todos los tecnólogos del poder: la conciencia humana. 25